

El olfato del fuego

Siete minutos y medio le llevó incendiar su casa. El procedimiento no le provocaba desconfianza, sólo necesitaba ser expeditivo. Lo despertó Natalia con el mate, le separó la ropa y la dobló prolijamente al borde de la cama. Entre mate y mate Tomás pensaba: ahora Natalia va a ir al baño, va a abrir la ducha y mientras espera que la temperatura esté perfecta se va a desvestir. Primero apoya los pies en la alfombra, se saca el camisón y lo deja doblado, también prolijamente, en la tapa impecable del inodoro. Después la bombacha que deja en el canasto. Toca apenas el agua que cae y se moja. Cuando sale del baño él la espera acostado. Desayunaron juntos dos tostadas de gluten con mermelada light, café con leche

descremada y tres gotas de edulcorante. Ella se fue a trabajar. Él se quedó. No atendió las llamadas de su supervisor, un sanjuanino de treinta años que repetía “*huevón, la cosa está que arde*”. Buscó el bidón azul y comenzó rociando con nafta la ropa de su mujer, las facturas pagas de los impuestos, y las cartas de su padre que le enviaba con el servicio de diligencia cada primero de mes. Así se aseguraba el recorrido de las llamas. Con lo demás, quería que el azar y el olfato del fuego acabaran su tarea. Pedía poco. Recuerda también que pedía poco cuando dirigía su mirada a Natalia en un acto de explicación. ¿Cuántas veces hubiera querido gritarle esa nada que lo sofocaba cuando se despertaba y la miraba dormir plácida y perfecta?

El mareo aumentaba a medida que el olor era más intenso. Así quiso que sucediera: la llama del fósforo pasó a la ropa colgada, a las cortinas del dormitorio, dos o tres vecinos golpeaban la puerta, otro llamaba al 101, la mirada agitada de Natalia cuando recibía la noticia, el calor saliendo por la ventana, el teléfono que no dejaba de sonar y él sentado en medio del living.

Mareado y tirado en el suelo las imágenes se desarmaban en bloque, el fondo negro con luces dispersas y algunos fósforos húmedos aún sin prender.

Laura F. GIBILARO

Cortázar

Estamos mirando lo que del paraíso cae y aquello hacia lo que el paraíso va.

Y resulta que yo me paré ahí y vi tu libro y en el libro mi división. Hubiera podido ser eso y punto. Eso o un pájaro. Eso o hasta un botón hubiera podido ser y un cuarzo en la página y también la maravilla de un tal Bloom entonando Hipa Up Hipa Up caballito pierna caballito.

Si bien seguir leyendo era darse cuenta de algo y seguir, también, era tapar algo de ese algo, no es que tapé yo, o no sé si es que llegué a tapar del todo yo, aunque seguí, el punto final.

Pero en ningún caso, con el punto, dije se acabó, como sí debí decir al comenzar.

Estamos mirando lo que de las puertas caen, y de los libros caen, y de todo lo que falta cae, y de los comienzos, y de los gatos y los espejos cae, nos quedamos mirando como si una manzana apenas masticada en la tierra de nadie –que es el labio de todos-, rodando, evocara cielos y paraísos.

Una piedrita ahí.

Joyce

En las manos de Bloom la rosa se vuelve diversidad; antes de yo mirarla y todavía pensarla, la diversidad era mundo. Ahora que la escribo, se colapsa.

Si Bloom soy yo, es que él está en un bar y en la mano no tiene una rosa sino una pluma. La tinta es azul. Toma café. Yo soy Bloom pensando en mí (y en Azul). Si él me mira es que en mi mundo algo se disuelve y colapsa, pero en su mano yo soy diversidad. Recordarlo.

Pensar en Bloom es entrar a una casa por el jardín. Toda puerta es tierra con agua. Y toda agua es Azul. Escribir Bloom y pensar en Bloom y entrar a su nombre es florecer.

El cielo es azul y en el campo hay ovejas.

Vila-Matas

Pensó en ponerse Praga en el saco un día Kafka y frío.

Pensó arrancar de otro lo que no era suyo y meterlo en lo suyo volviendo, con esto, del otro, algo que tampoco era de él.

Pensó que haciendo esto -impostar-entendía algo del pensar: es que todo era de nadie. Ni del otro siquiera.

Pensó que, ya nada teniendo él de él, y viniendo él de la nada de otro, lo que podía quedar entre ambas nada y ambos otros era acaso otra nada (más aguda y severa): el gusto.

Todo lo real era, ahora, de ese encuentro.

Gabriel PANTOJA

Fondane

Había nacido bajo el apellido Wechsler en Rumania, luego Moldavia. Cineasta y traductor estuvo dos veces en la Argentina, donde habló del cine de vanguardia y filmó *Tararira* en 1936, pérdida hasta la actualidad y, según los estudiosos, con algo cercano a *Entre Act* de René Clair.

Gloria Alcorta, argentina nacida en España en 1915, escritora bilingüe. En 1935 Borges prologa su primer libro publicado.

Benjamin Wechsler se convirtió en Benjamin Fondane y adoptó, como Gloria Alcorta, la lengua francesa.

No sabemos qué relación tenía con Benjamin Fondane en 1936, pero sí sabemos que asistió a la única presentación de *Tararira* y muchos años después recordó un bolero de Ravel, en una banda sonora donde se oyen fragmentos de conversaciones, ruidos de platos, un vaso roto, hasta que llega una hecatombe entre gente bien vestida.

Antes, en 1929 Benjamin Fondane había estado en la Argentina, y afirmó que el movimiento Dada había facilitado el psicoanálisis de Freud. Fondane fue lector de Chestov y de Kierkegaard, publicó un libro de poemas dedicado a Victoria Ocampo y colaboró en la revista *Sur*. Hablaba de filmar *Don Segundo Sombra* y decía que su protagonista era el *Dasein* a caballo. No sé si ironizaba sobre nuestro gaucho, pero sé que tomaba en serio el *Dasein* y el

existencialismo.

Nunca volvió. En Gloria Alcorta, con una memoria ya frágil, había quedado ese vaso roto, esos fragmentos de voces, esos ruidos de plato y el bolero de Ravel con la hecatombe de aquella gente bien vestida.

Alguien, quizá ella misma, habló de dos bailarines españoles que aparecían en *Tararira*. Fondane después del retorno a Francia, al igual que su hermana, terminó en un campo de concentración y murió en Auschwitz en 1944.

En el año 2006 Bertran Delanoe, entonces alcalde de París, dió el nombre de Benjamin Fondane a la plaza situada en la esquina de la rue du Cardinal Lemoine y la rue Rollin. También existe una Fundación Fondane, que trató de encontrar *Tararira*, sin éxito.

El probable recuerdo de Fredy Gutman podría aclarar algo sobre *Tararira*, pero murió en 1959. Conoció a Benjamin Fondane tanto como a Breton y Antonín Artaud.

Y ahora, en el 2010 queda este recuerdo provocado por la palabra tararira, de fragmentos de conversaciones, ruidos de platos y el sonido de un vaso roto que llega desde mi infancia. Sin el bolero de Ravel. Y nada más.

Germán GARCÍA

Cuentos seniles: el regreso de los muertos vivos

Me dicen que las historias de muertos que vuelven a la vida o zombis, están de moda. Y yo tengo una que es bien real y me pasó esta semana.

Dejamos a mi prima Cora, Corita para la familia, en una casa de reposo en Castelar hace dos o cuatro meses, cuando el encargado del edificio nos contó que lo había confundido a él con el abuelo Anselmo, que falleció en noviembre de mil novecientos sesenta y tres. Me acuerdo de ese velorio porque fue solamente tres años después que Kennedy asumiera como presidente de Norteamérica. Corita viviendo sola en su casa era un peligro, con tanta inseguridad, podía hacer entrar a cualquiera en medio de sus habituales confusiones.

Un lunes la fui a visitar y después de recordarle mi nombre y el de mis hijos, pasamos un rato juntos. La encontré muy bien.

El martes siguiente a la noche me llamaron de la casa de reposo para avisarme del fallecimiento de Cora. Por suerte tenían todas las instrucciones para velarla, así que a la mañana temprano me pasó a buscar María Silvia en un taxi y nos fuimos para el velatorio. Encontramos un edificio de una sola planta, con un hombre de moño negro en la puerta y algunas (dos) coronas de flores flanqueando el pasillo de entrada. ¡Qué tragedia, pobre nuestra prima!, íbamos diciendo. Con lo bien

que estaba, para sus noventa y tres años, se lamentaba María Silvia, que siempre fue unos años menor que Corita. La luz del día se había apagado dentro del pasillo y el aire escaseaba, cuando entre las sombras apareció una mujer que se me abalanzó.

- ¡Buá! –hizo el sonido del llanto sin llorar, me agarró fuerte de los antebrazos, se separó para mirarme mejor y me dijo:

- ¿Yo lo conozco a Usted?

Era Cora, Corita. Muerta y ahora viva y confundida.

- ¿Corita, sos vos? –le preguntó María Silvia al borde del soponcio.

- Sí, soy yo. ¿Y ustedes quiénes son?

- Somos tus primos.

- ¿Y qué hacen en el velorio de Dora? –nos preguntó. Entonces llegó la administradora de la casa de reposo y nos explicó que por error, le habían avisado a los familiares de Cora, pero que la fallecida era Dora. Fue una gran confusión, aseguró la administradora, por suerte ahora está todo aclarado, dijo. Mientras Corita me preguntaba de dónde la conocía yo a Dorita y me preguntaba por mi hija Graciela, convencida de que yo era el tío Rodolfo que falleció hace poco, en el noventa y dos.

Roberto GÁRRIZ

Chau

Yo tenía el texto en la notebook, algo pasó con el Windows y no pude hacerla arrancar. Entonces decidí calmarme, ir a mi casa a comer algo y mirar un poco de tele. Pero cuando pasé por el supermercado a comprar, todo estaba mucho más caro y a duras penas me alcanzó para lo que quería. Llegué a casa, prendí la tele y estaba este muchacho, Mariano no sé cuanto. Parece que es un abogado de renombre, docente de la facultad, todo una eminencia. Estaba enumerando las barbaridades que están pasando, y la verdad que tiene razón. No sólo nos sacaron la plata a los jubilados para comprar los votos de los pobres, sino que además se burlan de la sociedad. Nos quieren engañar con que no se puede pagar el 82% a los jubilados, cuando hay plata por todos lados. Y ni que hablar de eso de que se casen entre hombres. Falta poco para que habiliten el matrimonio con perros y ahí sí que la cagamos. Pero por suerte, ahora que se murió este tipo las cosas van a cambiar.

Mariano QUINTERO

María Fernanda MAILLIAT

Siete pequeños apólogos (2)

- Roberto Gárriz se despierta una mañana y desayuna con su mujer y sus hijos. Cuando sale a la calle se da cuenta de que toda la población se ha transformado en una masa de zombies rabiosos. Decide visitar el bar de la revista *Odradek* (en el futuro *Odradek* va a ser dueño de un bar sólo para reunirse el tercer sábado de cada mes) a ver si sus compañeros son zombies. Como es de esperar, todos estamos infectados y Gárriz emprende una lucha sin cuartel contra su ignorancia en farmacología para salvar a *Odradek* del virus zombie. Después, además, salva a la humanidad.
- Vanesa Pafundo se muda a Mar del Sur. Entre las dunas y el ruido del mar descubre que el pueblo está casi deshabitado, excepción hecha de un rancho al final del pueblo. Intrigada, Vanesa camina hasta el rancho y descubre que se trata de la Unidad Básica "Domicilio desconocido", de la famosa "Unidad Básica del fin del mundo", mito justicialista por excelencia, en la que se preparan los futuros líderes de la patria. Vanesa se pregunta por la relación trascendente de su mudanza a MDS con el hecho de que allí exista la Unidad Básica de Kafka. Al cabo de tenaces cavilaciones, resuelve silenciar el descubrimiento. Publica un libro dedicado a la gloria de MDS; también eso, tal vez, estaba previsto.
- Yanina Bouche es una detective privada que investiga casos imposibles de resolver. Tiene un marido y una hija, pero nadie lo sabe porque no es bueno para la profesión. En su último caso encuentra un número de *Odradek* junto al cadáver. Si el muerto es lector de *Odradek*, se dice Yanina, el asesino tiene que estar cerca. En efecto, detrás del sillón de la víctima encuentra a un chino conectado a Internet y pedaleando una bicicleta para darle energía a una netbook. El chino confiesa: a) su crimen, b) que lo mató porque estaba harto de la soberbia del lector de *Odradek* y c) que tenía que hacerse amigo inmediatamente del grupo "Prefiero *El castillo*" en facebook. Yanina calcula que va a tener mucho trabajo en los próximos días.

Ezequiel de ROSSO

Cuarenta velitas

Para su cumpleaños número cuarenta, Jéscica decidió dos cosas. La primera, que eran un montón de años, y la segunda, que aunque se tratara de un número importante, iba a festejarlo como siempre porque tampoco era para tanto (o ella no quería que lo fuera). Así que organizó todo como otras veces: algunas amigas, esposo, hijo, madre, hermanos, suegros, listo. Su marido Daniel, un poco de buena onda y otro poco porque a él si le parecía que era para tanto, quiso hacerse cargo de la torta. Eso implicaba la mezcla de ingredientes, horneado y elección del relleno además de la consabida decoración. Compró un bizcochuelo de los que vienen semi hechos, dulce de leche y chocolate cobertura. Tanto empeño puso en la elaboración que para cuando tuvo que elegir las velitas ya no le quedaba tiempo ni ganas, y optó por lo mejor que vio en el supermercado. Cuarenta velitas fucsias, o sea cuatro cajas de velitas Lumiluz, pero no de las regulares, eligió las que **¡Son mágicas!** Llegó el día del cumple y enseguida la hora de la torta, que Daniel exhibió con mucho orgullo. Jéscica quedó encantada con la apariencia del pastel y no muy contenta con esa cantidad de velas ardiendo, que le calentaban la cara como si tuviera una hoguera enfrente. ¡Qué los cumplas feliiiiz!, terminó la canción y Jéscica selló los pulmones y sopló como el lobo contra la casita de ladrillos, con idéntico resultado. Ja, ja, ja, se rieron algunos como si la situación fuera graciosa, como si el hecho de que uno no pudiera soplar sus velas significara vejez, debilidad, escasa capacidad pulmonar y eso fuera divertido para alguien. Sopló

veinte veces Jéscica, cuarenta, le cantaron doce versiones del feliz cumpleaños, pero las llamas no se extinguían. Los invitados salieron en su ayuda, soplaron todos, escupió el niño, las velas siguieron prendidas. Daniel se chupó los dedos y trató de apretar una llama, pero había alrededor del fuego una especie de campo magnético que impedía siquiera rozar el pabito, sin embargo el calor se hacía sentir. Sacaron las velas una por una y las pusieron debajo de un chorro de agua, las sumergieron en un balde, las taparon con arena, y nada. Las tiraron al piso y las pisaron, pero solo consiguieron quemarse las suelas de los zapatos y arruinar el parquet.

Comieron la torta tratando de no mirar las cuarenta llamas que terminaron dejando sobre la mesada de la cocina, se fueron los invitados, ordenaron la casa y Jéscica dispuso los pequeños cirios en una fuente de acero inoxidable. Tuvieron que irse a dormir sabiendo que algo en la casa ardía.

Era imposible apagarlas y también tirarlas, provocarían un incendio si las metían encendidas en una bolsa. Y descartaban la idea de dejarlas abandonadas en algún lugar remoto, podían destruir el medioambiente o quemar a un niño curioso. Por eso Daniel decidió colocar un estante en el comedor, bien alto para proteger a su hijo, y montar allí la fuente de acero inoxidable con las velas. Parecía un altar ridículo, porque no había nada a que adorar. Entonces Jéscica puso detrás la imagen de una virgen, una foto suya de cuando tenía catorce.

Yanina BOUCHE

Casciari mente

El consejo directivo de la revista *Odradek* ha tomado medidas contra Hernán Casciari y su socio que responde al apodo de Chiri, con el objeto de hacer pública la circunstancia que a continuación se expone.

El nombrado Casciari dijo haber concebido la idea de hacer una revista literaria de calidad, entregando el pdf de la misma en forma gratuita, sin publicidad, ergo, empobreciéndose con ella hasta agotar la abultada suma de dinero que percibió por su libro "Más respeto que soy tu madre". Por nuestra parte, la revista *Odradek* plantea: Más respeto que la idea de la revista es nuestra, y ya cumple cuatro felices años empobreciéndonos. Claro que la diferencia estriba en que el dinero que tiene Casciari supera a nuestro modesto capital, por lo que *Odradek* responde a un formato más humilde. Además se entrega en forma gratuita en papel, en las mejores librerías y otros selectos lugares.

Como parte de nuestra campaña en aras de desenmascarar al Sr Casciari, la semana pasada le remitimos una carta a su blog "Orsai", y otra al correo de lectores de la revista *Ñ* donde fue publicada la nota que nos alertó sobre la maniobra.

En el blog (www.odradek-odradek.blogspot.com) se exhiben copias de esas cartas.

Roberto GÁRRIZ

(en representación de la revista *Odradek*, pionera en el derroche cultural)

- *Bueno, ¿cómo te llamas?*
- *Odradek- dice él.*
- *¿Y dónde vives?*
- *Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.*

Franz Kafka

Algún final

El cielo de la noche, enorme globo negro, se desinfla por el lado más débil y aparece un amanecer flojo y arrugado. Un humo terracota, en lugar del clásico resplandor del alba, bordea a cierta distancia el camino. Allí donde antes hubo destellos de oro pálido rompiéndose entre las filas ultraoscuras de los álamos, hoy se exhiben cálidos tapices, cosidos rápido. Albores efectivos y convincentes.

Debe ser de tanto decir que se muere el planeta que ya uno no sonrío como antes. Acaso ya no se consigue ni el sabor de la galleta marinera (no hace tanto, faltaban cinco mil años para que esto sucediera; el tiempo vuela). Es impresionante comprobar -doloroso también- cómo determinadas carencias de pequeño porte le cambian el sentido al viaje.

Unos rayos de sol garabatean algo sobre el andén. Pero el tren -ese tren del que veníamos hablando- pasa de largo, semidormido. Tiene en mente encontrar una casa verde y pone cara de no poder ocuparse de otra cosa.

Con sus valijas en la mano algunos pasajeros ven de pronto escurrirse las puertas delante de sus ojos, las ven mezclarse entre las franjas inconclusas de la velocidad, sin poder abrirlas para bajar. Perplejos e imposibilitados, hacen un movimiento brusco de fastidio. Otros tocan sus caras y tratan de recordar quiénes eran cuando estaban desconcertados, tratando de no utilizar muecas al azar.

Aún cuando el desconcierto suele hacer crecer más esperanzas, hay mucha gente que labora parsimoniosamente para refrescarle a cada uno cuál es la compostura adecuada del gesto espontáneo, cuál es el último destino de la frase ocurrida, la tarea póstuma del hombre acerca de sus sueños.

Nora MARTÍNEZ

Cada diez años

En 2001 me pasó algo que, entonces, pensaba que era terrible: me censaron en la puerta porque el joven censista estaba apurado... y yo, que soy muy de contribuir con el país, había preparado como una buena ciudadana, té con masas. Este año, nuevamente me dispuse a recibir al censista entusiasmada. Como cuando te avisan de un eclipse, o del paso de un cometa, que siempre parece un evento único que no se repite hasta dentro de uno nunca sabe cuándo....

Por eso, el miércoles del censo, me levanté temprano, hice café, puse el agua para el mate, acomodé las galletitas y el budín, me vestí más o menos decente y acomodé la casa. A eso de las 8:15 estaba lista con todo preparado esperando que me toquen timbre.

Como el censo no llegaba salí varias veces al balcón, pero nada... cuestión que nos tomamos el café y el mate, las galletitas (el budín lo pude rescatar), almorzamos, hicimos más café y mate, y también lo tomamos, el budín tuvo que ceder, igual yo esperando todo el día, hasta que vi que se habían hecho las ocho, y nada... y mi entusiasmo se había transformado en un poco de fastidio por estar siempre lista todo el día. Le pregunté a mis vecinos del edificio, tampoco los habían censado. Pensé que en una de esas ellos habían malogrado mi censo, por lo que insistí y les pregunté a los de al lado y sí, ellos habían recibido la visita que se hace una vez por década!

No importa, pensé, hay un número de teléfono al que me dispuse a llamar, algo decepcionada

Por eso, el miércoles del censo, me levanté temprano, hice café, puse el agua para el mate, acomodé las galletitas y el budín, me vestí más o menos decente y acomodé la casa. A eso de las 8:15 estaba lista con todo preparado esperando que me toquen timbre.

desde las 20:10. Me habré comunicado a eso de las 20:45, y un muchacho muy amable me pide que llame después de las 22, cosa que hago, comunicándome recién a las 23:30. Mi buen humor y disposición inicial se transformaron en un fastidio (y los que me conocen saben que de ahí al mal humor hay muy poquito). Eso, los que viven en casa lo sufrieron porque querían hablar por teléfono y yo nada, que nos teníamos que censar. Finalmente, cuando me atienden y me informan que pueden solucionar mi problema por teléfono. No hubo caso, lograron que me enoje. Intenté razonar con la voz del otro lado del aparato, y explicarle que en el peor de los casos era un problema del país, que es una obligación, que me correspondía, y no sé cuántas cosas más, a las que insistieron con que ellos intentaban solucionar *mi* problema. La cuestión es que por fin, dice que me van a censar, y sólo me realizan un tercio de las preguntas!

Desde el miércoles me pregunto si hice bien en llamar, si no hubiera convenido, para eso, quedarse sin censar, porque al final, qué diferencia hace, tanto lío, y a ellos (no sé quiénes son) no les importa nada. Ni el arreglo de la casa, ni el café y el mate, ni el budín que no dejé comer!

En fin, en diez años, tal vez se me pasa, por ahora me hubiera gustado que me censen como a casi todos.

Mónica KIRCHHEIMER

Enviada especial a la intersección en la que el censista no se detuvo